9

MENIPO

Ó LA

NECROMANCIA

DIÁLOGO

DE LUCIANO

traducido directamente del griego por

DON CRISTOBAL VIDAL
DIRECTOR Y CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE VITORIA.

VITORIA
IMPRENTA Y LIBRERIA DE LOS HIJOS DE MANTELI
á cargo de Raimundo I. de Betolaza
1876

Al Señor

Don Antonio Gonzalez Garbin

CATEDRÁTICO DE LATIN Y GRIEGO Y EN LA ACTUALIDAD DE LITERATURA CLÁSICA EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA.

Querido Antonio: Al amparo de tu probada competencia pongo este pequeño trabajo, que ha entretenido mis tristezas por algunos dias, y que á instancias de tu fraternal cariño ve la luz pública. Si tú sólo hubieras de leerlo, estarian de más las cortas notas con que he pretendido aclarar el texto, porque de puro sabidas las tienes ya olvidadas aun dado que no fuesen tan vulgares; pero como es de presumir, pensando piadosamente, que en él ponga sus ojos algun curioso poco afecto por educacion ó por carácter á estas *antiguallas*, que han sabido sin embargo sobreponerse á los siglos, ó, lo que seria más de desear, algunos jóvenes dedicados al estudio de las lenguas y literaturas clásicas, he creido conveniente, para que obtengan algun fruto ó en-

cuentren al menos distraccion en su lectura, facilitarles algunos datos que á ellos por falta de aficion ó de costumbre les seria penoso buscar. Con igual objeto y dirigidas á los mismos me permitirás que añada algunas líneas á esta carta: pásalas tú por alto, y sufre con paciencia que tu justa reputacion y tu nombre sirvan de escudo á mis escasas dotes.

Entre los escritores que más se distinguen en el periodo greco-romano de la literatura griega (146 a C. hasta 306 d C.) figura LUCIANO, que nació á mediados del siglo II de nuestra era en Samotasa, capital de la Comagena, provincia de Siria.

Sólo sabemos de su vida lo que él mismo nos dice en sus escritos. (1) No sintiéndose inclinado al arte de la escultura, á que sus padres quisieron dedicarle, ni á la profesion de abogado, que por algun tiempo ejerció en Antioquia, se consagró al estudio de la retórica y á la práctica de la elocuencia, con tan felices disposiciones que en breve ganó fama y dinero luciendo en las declamaciones y lecturas públicas las galas de su rica fantasía y las extraordinarias dotes de su ingenio. Con este carácter de SOFISTA, que á la sazon equivalia á cultivador de las bellas letras, recorrió la Grecia, el Asia menor, las Galias y

---

(1) El sueño ó la vida de Luciano.»—«El pescador ó los resucitados.»—«La doble acusacion ó los tribunales.» —«Apologia de los que estan á sueldo.»—«Elogio de la patria.—«Alejandro ó el falso profeta.»—

la Italia, permaneciendo algun tiempo en Roma; y á la edad de cuarenta años, colmado de aplausos y con una regular fortuna volvió á Grecia y se estableció en Atenas, en donde dió nuevo rumbo á su talento desarrollándolo como filósofo y como escritor satírico. A su vejez obtuvo del emperador Marco Aurelio un cargo administrativo de alguna importancia en Egipto, y allí se cree que murió en edad muy avanzada.

La variedad de asuntos que Luciano toca en sus composiciones manifiesta la extension de sus conocimientos y la fecundidad de su genio. El diálogo es la forma de expresion que gèneralmente adopta, y la intencion profundamente satírica, el tono irónico salpicado de chistes y el estilo humorístico las cualidades que le distinguen y caracterizan. Su diccion castiza, sóbria y verdaderamente *ática* tiene toda la elegancia y corte clásico del siglo de Pericles. Sensible es, sin embargo, aunque no de estrañar, que influido sin duda por la corrupcion de costumbres, la depravacion de caractéres, la decadencia de la lengua y la perversion del gusto, propias de su tiempo, no supiera en ocasiones moderar su crítica ni precaverse á veces de los vicios de elocucion que él mismo censuró y puso en ridículo.

La sátira, pues, manejada con una gracia inimitable, aunque no siempre con la mesura y el decoro convenientes, contra los errores, los vicios y las extravagancias de su época y de todos los

tiempos, ensañándose contra los filósofos de profesion, ó si se quiere, de oficio, y muy especialmente contra las creencias religiosas del paganismo, en que él mismo se educó, ha hecho célebre su nombre é inmortalizado sus obras, aparte los títulos que en opiniones más ó menos razonadas puedan acreditarle como novelista (1), didáctico (2), gramático (3), poeta (4) ó filósofo afiliado á una escuela determinada. Bajo este último punto de vista, Luciano es escéptico, como lo son todos los escritores de su género; mas no tan absoluto que en medio de sus heladas negaciones y entre donaires y burlas deje da ofrecer á la razon humana el testimonio de su respeto (5), ni de mostrarse con frecuencia amante de la verdad y del bien (6), celoso del cariño y la amistad (7) y entusiasta por las glorias de la pátria (8). En religion aparece siempre ateo; pero con sus pertinaces y furibundas diatribas en contra del paganismo secunda en cierto modo la obra de los cristianos, si bien no puede inferirse de aquí que

---

(1) «Lucio ó el asno.»—«Historia verdadera.»

(2) «Cómo debe escribirse la historia.»

(3) «Lexífanes.»—«El pseudo sofista.»—«El maestro de los retóricos.»

(4) Epigramas.

(5) «Hermótimo ó las sectas filosóficas.»

(6) «El pescador ó los resucitados.»

(7) «Toxaris ó la amistad.»

(8) «Elogio de Demóstenes.»

abrazase sus creencias, porque consta que desconocia sus doctrinas (1).

Cuanto acabamos de decir del carácter de Luciano como literato y como pensador se encuentra confirmado en *Menipo ó la Necromancia*, que es, en nuestro sentir, uno de los diálogos que mas fiel y exactamente refleja la tendencia general dominante en sus obras.

Bajo la personalidad de Menipo, busca la verdad y encuentra sólo dudas y contradicciones; se burla de las fórmulas y prácticas embaucadoras de los magos y censura la ignorancia y la superstición del pueblo que en ellos y en sus hechicerías tenia fé; trata con impío desprecio á las divinidades del infierno y pone en ridículo á los que en el mundo fueron respetados por su posicion ó su fortuna, y manifiesta por último en las palabras que pone en boca de Tiresias, á vueltas de reminiscencias cínicas y epicúreas, la frialdad é indiferencia de su escepticismo. Son, sin embargo, sérias y felicísimas las comparaciones que hace de la vida humana con una procesion dirigida por la fortuna y con una representacion dramática ó farsa teatral; y encierran profundo sentido moral y filosófico, y aun tienen cierto sabor cristiano, la igualdad á que todos hemos de quedar reducidos con la muerte, el despego que deben inspirarnos las pompas y vanidades del mundo por la facilidad con que se truecan el estado y

(1) «La muerte de Peregrino.»

las condiciones del hombre, la inseguridad de los bienes que disfrutamos y la resignacion con que debemos sufrir su pérdida, puesto que no se nos dieron por merecimiento propio sino como préstamo gracioso, incondicionado y temporal.

Sus bellezas literarias han desaparecido con mi traduccion. Ojalá tenga imitadores que sepan reparar mis faltas. Entre tanto sírvame en parte de disculpa la consideracion de que es la primera traduccion castellana que de este diálogo se ofrece al público (1).

Tiempo es ya, querido Antonio, de que me vuelva á tí. Acaso se te ocurra preguntarme por qué entre los ciento y tantos diálogos de Luciano me he fijado en éste con preferencia á otros muchos igualmente bellos é interesantes. La razon es muy sencilla: porque habiéndolo elegido nuestro honorable maestro D. Lázaro Bardon para sus *Lectiones græcæ*, que tengo constantemente sobre mi mesa de estudio, ha sido el diálogo que más fácil y cómodamente he tenido ocasiones repetidas de leer y de estudiar; y ademas, porque siendo esta preciosa coleccion texto de la asignatura en las Universidades, como lo fué en muchos Institutos, cuando Dios

(1) Las traducciones al castellano del autor que nos ocupa han sido parciales y escasas, no figurando entre ellas, al menos que sepamos, la del diálogo á que nos referimos. Véase el curioso libro que con el modesto título de «Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España» acaba de publicar nuestro antiguo discípulo y amigo muy querido D. Julian Apraiz.

queria, he creido que tal vez podria prestar en esta parte alguna utilidad á los jóvenes que al estudio del griego se dedican, facilitándoles por lo menos la comprobacion de sus versiones. Al efecto he procurado sujetarme á la letra, en cuanto me ha parecido que lo permitia la índole particular de las respectivas lenguas.

Recibe con cariño, ya que con la indulgencia cuento, este recuerdo del afecto fraternal que te profesa tu apasionado compañero y paisano

CRISTOBAL VIDAL.

Vitoria 17 de Marzo de 1876.

MENIPO Ó LA NECROMANCIA. ([1])

DIALOGO DE LUCIANO TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL GRIEGO.

Menipo y Filónides.

Menipo. Pórtico de mi hogar yo te saludo;
A la luz de la vida habiendo vuelto,
Gozoso te contemplo, casa mia.

Filónides ¿No es éste Menipo el cinico? El mismo es ciertamente, si no me engaña la vista: Menipo entero y verdadero. Pero ¿qué significa ese trage tan estraño? el pileo, la lira, la piel de leon!... (2) Voy á cercarme á él.

(1) Menipo, filosofo cinico, natural de Gadara en Fenicia, floreció por los años 314 antes de Cristo, y escribió trece libros de sátiras que no han llegado à nosotros. Vivió en Tebas, y segun Diógenes Laercio se enriqueció por medio de la usura.—Necromancia, palabra compuesta de νέκρος muerto y μαντεία augurio ó presagio, es el arte supuesto de adivinar lo foturo consultando á los muertos; supersticion antigua muy parecida al moderno Espiritismo.

(2) El pileo, gorro propio de los marineros, es el distintivo de Ulises, la lira de Orfeo y la piel de leon de Hércules.

Salud, Menipo. ¿Dónde has estado que no se te ha visto tanto tiempo hace en la ciudad?

Menipo. En la mansion horrible de los muertos,
Donde reina Pluton sin otros dioses.

Filónides. ¡Cómo! has muerto y luego has resucitado!

Menipo. No; que en vida Pluton me ha recibido.

Filónides. Y ¿cuál fué la causa de esa peregrinacion tan nueva y tan extraordinaria?

Menipo. La jubentud audaz y el gran deseo /v
Que de hallar la verdad me enardecía.

Filónides. Deja, hombre, ese tono de tregedia y dime sencillamente sin ensartar más versos, qué vestido es ese y qué fué lo que te obligó á hacer esa expedicion, que no creo tenga nada de agradable ni de apetecible.

Menipo. Oh mi amigo querido, deseaba
Consultar á Tiresias el tebano
Y en el Orco busqué su sábio espiritu. (1)

Filónides. Pero, hombre, ó tú no eres el misme ó quieres burlarte de mi: porque si nó no enristrarias versos de ese modo al hablar con un amigo.

Menipo. No lo estrañes, amigo mio; hasta hace poco he estado conversando con Eurípides y Homero (3), y de

---

(1) Tiresias, hijo de Evero, fué un adivino célebre de Tebas que quedó ciego por haber visto á Palas desnuda. —Ovidio:-Metamorf: III, IV, 8. VI, IV, 11.

(3) Menipo se ha expresado hasta aquí en verso: los primeros son de Euripides *Hércules furioso, Hecuba y Andromeda*, y los tres últimos de Homero, *Odisea*-XI-164 y 165.

tal modo me he saturado de versos que sin pensar se me vienen á los lábios. Pero dime, hablando de otra cosa; ¿Cómo van las cosas de la tierra, y qué hacen nuestros conciudadanos?

Filónides. No ocurre novedad; como antes, roban, perjuran, ejercen la usura y cobran réditos exhorbitantes.

Menipo ¡Infelices y mal aconsejados! No saben lo que se ha legislado hace poco por los de abajo ni los decretos que se han votado contra los ricos y que, á fé mia, no podrán eludir bajo ningun pretexto.

Filónides ¿Qué dices? ¿Algo nuevo han decretado los de abajo respecto á nosotros?

Menipo Si, por vida mia; y mucho. Pero no es lícito manifestar estas cosas á todos, ni conviene divulgar los misterios, no sea que alguno me acuse de impiedad ante Radamanto (1).

Filónides. No, Menipo, no niegues tu confianza á un amigo; hablas con un hombre que sabe callar y que está ademas iniciado en otros secretos.

Menipo. En verdad que tu exigencia es embarazosa y no exenta de responsabilidad; sin embargo voy á complacarte. Se ha decretado que los ricos, que guardan

(1) Radamanto, Eaco y Minos, reyes que fueron respectivamente de Licia, Egina y Creta, formaban el tribunal encargado de juzgar las almas de los que bajaban al infierno, de que era dios y rey Pluton.

el oro encerrado como á la jóven Danae...... (2)

Filónides. Perdona, mi buen amigo, si antes que los decretos, te ruego me digas, porque lo oiré con sumo gusto, qué objeto te propusiste al hacer ese viage, quién te enseñó el camino y qué viste y oiste allá abajo, pues el que como tú es amante de lo bello, no debe omitir nada digno de saberse.

Menipo. Así lo haré en obsequio tuyo, porque nada puede negarse á un buen amigo. Voy á decirte, pues, primeramente la intencion y los motivos que me impulsarsn á hacer mi viage á los infiernos.

Cuando yo era niño, al oir las narraciones que Homero y Hesiodo hacian de las guerras y sediciones de los héroes ó semidioses y aun de los dioses mismos, sus adulterios, sus violencias, sus robos, sus venganzas, las rebeliones de los hijos, la expulsion de los padres y las uniones incestuosas de los hermanos, crei que todas estas cosas eran buenas y las contemplaba con entera tranquilidad de conciencia; pero cuando me hice hombre, vi que las leyes ordenaban precisamente lo contrario de lo que los poetas decian, esto es, no cometer adulterio, ni sublevarse, ni

(2) Danae, fué encerrada en una torre por su padre Acrisio, rey de Argos, por miedo á una prediccion que le habia anunciado morir á manos de su nieto: Júpiter transformado en lluvia de oro penetró en la torre y Dánae tuvo un hijo llamado Perseo que conforme al oráculo dió muerte á Acrisio.—Ovidio: *Metamorf.* IV, XVI, 8, Horacio III, 16.

robar. En tal ambiguedad me puso esto, que verdaderamente no sabia á qué atenerme; pues no concebia que los dioses pudiesen cometer adulterios y levantarse los unos contra los otros á no estar convencidos de que tales actos eran buenos, ni que los legisladores ordenasen lo contrario sin estar persuedidos de su utilidad.

En esta duda, me pareció lo mejor entregarme en manos de esos que se llaman filósofos y rogarles que, haciendo de mi lo que quisieran, me mostrasen el camino llano y firme de la vida. Presentéme á ellos; pero en brebe comprendí que esto era ir de mal á peor, ó, como suele decirse, del humo al fuego, porque allí encontré mas que en ninguna otra parte la ignorancia y la falta absoluta de consejo, en términos de representárseme al punto como la vida más dichosa y más feliz la de los idiotas. En efecto; uno enseñaba que la felicidad consiste en el placer y aconsejaba entregarse á él completa y exclusivamente; (1) otro por el contrario, rapsodiando sin cesar aquellos conocidos versos de Hesiodo (2) sobre la virtud, el trabajo y la subida á los cielos, aconsejaba á trabajar contínuamente, contrariarse en todo y mortificar el cuerpo, andando símpre desaseado y mugriento, displicente á todo y de todos aborrecido; (3) otro á su vez escitaba á despreciar las riquezas y á juzgar indiferente su pose-

(1) Doctrina de Epicuro.
(2) Hesiodo—*Los trabajos y los dias*—v. 287.
(3) Doctrina de los estóicos y cinicos.

sion, y otro en cambio sostenia que la riqueza es una cosa excelente, (1) Y ¿qué diré de sus opiniones acerca del mundo? oyéndoles todos los dias las palabras ideas, incorpóreos. átomos, vacío y tanta otra multitud de nombres estaba verdaderamente mareado. Y lo más raro del caso era que todos al hablar presentaban raciocinios tan convincentes y persuasivos acerca de las cosas más diversas y contrarias, que no me dejaban nada que replicar ni al que sostenia que una cosa era caliente ni al que aseguraba que la misma cosa era fria, en medio de saber y conocer yo claramente que no era posible que fuese caliente y fria á un mismo tiempo. (2) Así, pues, unas veces afirmando y otras negando me pasaba lo mismo exactamente que á los que se estan durmiendo.

Pero lo más inconcebible es, que observando atentamente, descubrí que todos ellos hacian lo contrario de lo que decian y aconsejaban: á los que predicaban el desprecio de las riquezas los vi agarrados tenazmente á ellas; á los que declamaban contra la utilidad y el lucro, enseñando por dinero y haciéndolo todo por interés; á los que menospreciaban la gloria, obrando y hablando por causa de ella, y á casi todos los que peroraban contra el placer, entregados á él por completo.

Aflijióme este desengaño sufrido en mis esperanzas, si

(1) Doctrina de los peripatéticos.
(2) Véase el diálogo del mismo autor «Hermotimo ó las sectas.»

bien me consolaba á mis solas culpando de todo á mi ignorancia y considerando que como yo, son muchos los hombres celebrados por su sabiduria que andan buscando la verdad. Y una noche que pensando en estas cosas no pude dormir, se me ocurrió ir á Babilonia y consultar á alguno de los magos, discípulos y sucesores de Zoroastro, (1) pues habia oido que los magos con ciertos encantamientos y ceremonias abrian las puertas del infierno y conducian con seguridad y volvian á subir de nuevo al que queria. Determiné, pues, ajustar con alguno de ellos la bajada para buscar á Tiresias el beocio y aprender de él como adivino y sábio, cual es la vida mejor y la que un hombre prudente debe seguir: y saltando de la cama con toda ligereza me dirigí derecho á Babilonia. Allí me junté con un caldeo, hombre sábio y reputado en el arte, de cabello cano y barba venerable, que se llamaba Mitrobarzanes: y despues de muchos ruegos y súplicas pude conseguir al fin que me sirviese de guia por el precio que quisiera.

Habiéndome tomado el hombre por su cuenta, me lavó primeramente en el Eufrates por espacio de 29 dias á contar desde el primero de la luna, recitando al salir el sol una oracion larga, de la cual nada pude entender, porque hablaba muy de prisa y confusamente como los malos pregoneros en los certámenes, á excepcion de que pa-

(1) Filósofo meda que vivió en el siglo VI antes de la era cristiana, á quien se atribuye la famosa obra del Zend-Avesta que contiene la escritura sagrada de los persas.

recia invocar á algunos génios. Despues del encantamiento me escupia tres veces al rostro y me volvia de nuevo atras sin ver á ninguno de los que encontraba. Comiamos bayas; bebiamos leche, aguamiel y agua del Coarpes y dormíamos al campo raso sobre la yerba. Despues que me tuvo suficientemenie preparado por la dieta, me condujo al rio Tigris hácia la media noche y allí me lavó, me limpió y me purificó con teas, escila y otras varias cosas, murmurando aquel mismo encantamiento; y habiéndome conjurado y dado vueltas al rededor mio para que no pudiesen dañarme los espíritus, me volvió á casa tal como estaba, andando hácia atrás.

Empezamos entonces á disponer nuestra expedicion marítima. Vistióse él una túnica mágica muy parecida á la de los medas y á mí me atavió con estas cosas, pileo, piel de leon y ademas la lira, ordenandome que si alguno me preguntaba mi nombre no dijera que me llamaba Menipo, sino Hércules, Ulises ú Orfeo.

Filónides. ¿Y para qué era eso, Menipo? No comprendo la razon ni del trage ni de los nombres.

Menipo. Es muy sencillo; como estos bajaron en vida al infierno antes que nosotros, juzgaba él que si yo me parecia á ellos burlaria facilmente la guardia de Eaco y pasaria sin impedimento recomendado por el trage que ordinariamente usaban (1).

---

(1) Hércules cubierto con la piel del leon de Nemea

Al rayar el dia, bajamos al rio. La barca, las víctimas, el aguamiel y cuantas cosas se necesitaban para la ceremonia estaban ya dispuestas; cargámoslas,

y llenos de dolor nos embarcamos,

vertiendo nuestros ojos llanto acerbo. (1)

Navegamos durante algun tiempo por el rio y llegamos la á laguna y estanque, en el cual el Eufrates se pierde. y poco despues á una region solitaria, montuosa y sin sol, en donde desembarcando, pues dirigia Mitrobarzanos, cabamos un hoyo, degollamos las ovejas y derramamos la sangre al rededor de él. El mago entretanto con una tea encendida y gritando cuanto podia invocaba á todos los génios, á las Penas, á las Furias.

A la nocturna Hécate.

Y á la fiera y temible Proserpina, (2)

mezclando al mismo tiempo palabras extrañas y oscuras y de muchas sílabas.

---

sacó de los infiernos á Alceste y la entregó a su marido Admeto.

Ulíses bajó al infierno á consultar á Tiresias, lo cual constituye el argumento del libro XI de la Odisea.

Orfeo, venciendo cuantos obstáculos se le ofrecieron con el encanto conmovedor é irresistible de su lira, logró sacar de los infiernos á su esposa Euridice

(1) Odisea,—XI,—5.

(2) Parodia del v.º 47 de la Od.

Las furias, llamadas tambien Erimnias y Eumides, por antifrasis, castigaban en el tártaro y azotaban con hachas encendidas y terribles culebras á los que habian vivido mal. Eran hijas del infierno ó del Aqueron y la noche, y tenian por nombres: Alecto, Tisifone y Meguera.

Las Penas eran igualmente unas deidades vengadoras.

/en

Al momento se agitaron y estremecieron todas las cosas; la tierra se abrió en fuerza del conjuro; el ladrido del Cerbero (1) se oyó á lo lejos, todo tomó un aspecto horrible y espantoso;

Pluton, rey de los muertos, tuvo miedo, (2)
y se dejaron ver muchas cosas: la laguna Estigia, el rio Pyriflegetes y las concavidades del Orco (3).

Descendiendo por la hendidura encontramos á Radamanto medio muerto de miedo. El Cerbero ladró y se excitó un poco; pero habiendo yo pulsado la lira se tranquilizó al instante por la influencia de la melodía. Más cuando llegamos á la laguna, á poco nos quedamos sin poder pasar adelante, porque la barca estaba ya cargada y repleta de lamentos, pues todos los que en ella navegaban iban heridos, unos en las piernas, otros en la cabeza y otros

---

Hécate, reina del Erebo, tenia tres cabezas: de caballo, de perro y de hombre ó de javalí; sus cabellos eran víboras y sus pies serpientes: va seguida de una jauria de perros infernales, y aterra con su presencia á los condenados.

Proserpina, llamada por los griegos Persefone ó Despoina, es la esposa de Pluton ó Ades, Dios de los infiernos.

(1) El Can Cervero era un perro monstruoso con tres cabezas y tres fauces que guardaba las puertas del infierno y del palacio de Ades ó Pluton.

(2) Iliada,—XX,—61.

(3) El Orco, Averno ó Infierno comprendia cuatro departamentos: el Erebo, defendido por la laguna Estigia; el Biratro, precedido del rio Aqueronte y seguido del rio Cocyto; el Tartaro, bañado por el rio Flegeton ó Pyriflegetes, cuyas aguas ardian más que el fuego y daban nueve vueltas al rededor de aquel horroroso recinto, y los

en alguna otra parte, viniendo, al parecer, de una batalla; pero el excelente Caron (1), creyendo sin duda que yo era Hércules al verme con la piel de leon, me recibió y me pasó lleno de gozo, señalándonos, al desembarcar, el camino que habíamos de seguir.

Como marchabamos en completa oscuridad, Mitrobarzanes iba delante y yo le seguia agarrado á su espalda, hasta que llegamos á un extenso prado cubierto de gamones, en donde las sombras de los muertos volaban á nuestro rededor con estridente aleteo. Avanzamos un poco mas y nos encontramos con el tribunal de Minos: estaba sentado sobre un trono elevado en medio de las penas, de los genios vengadores y de las furias: por un lado eran llevados muchos, atados sucesivamente con una gran cadena, los cuales se decia que eran adúlteros, rufianes, publicanos (cobradores de tributos,) aduladores, calumniadores y otra multitud por el estilo de los que todo lo trastornan y perturban en el mundo; por otro lado se acercaban los ricos y los usureros pálidos, panzudos y gotosos, oprimidos con una argolla y una cadena de dos talentos de peso (2) Presentes, pues, nosotros veíamos cuanto ocurria y les oíamos tambien defenderse contra ciertos oradores

---

Campos eliseos, morada de los justos, regado por el rio Leteo, cuyas dulces aguas tenian la virtud de hacer olvidar los dolores sufridos.-*Eneida*-lib. VI. *Odisea*. x y xi.

(1) Barquero del Infierno.
(2) Unos 60 kilógramos.

desconocidos é inopinados que eran los que les acusaban.

Filónides. Y ¿Quiénes son esos, Menipo? No te detengas en decírmelo.

Menipo. ¿Has visto esas sombras prolongadas que proyectan nuestros cuerpos al sol?

Filónides. Si por cierto.

Menipo. Pues esas, despues que morimos, delatan y testifican las cosas que hemos hecho durante la vida; y parecen ser testigos muy fidedignos, por cuanto nos acompañan constantemente sin separarse jamás de nuestros cuerpos.

Minos examinaba cuidadosamente á cada uno, enviándoles, segun sus merecimientos, al lugar de los impios para sufrir la pena corespondiente á sus culpas; y principalmente se ensañaba con aquellos que engreidos por las riquezas y por dignidades se creian casi dignos de veneracion, echándoles en cara su arrogancia y soberbia para pocos dias, porque siendo mortales no debieron haber olvidado que cuantos bienes alcanzaban eran perecederos. Ellos despojados de todo su antiguo explendor, esto es, de las riquezas, de la nobleza y del poder estaban delante de nosotros desnudos, con los ojos bajos y como reflexionando que la felicidad humana es un sueño. Yo viéndoles asi me alegraba sobremanera, y si conocia á alguno, me acercaba á él y como podia le iba haciendo recordar cuál habia sido mientras vivió en el mundo, qué vanidad ostentaba, cuántos infelices que desde la mañana

aguardaban á la puerta su salida eran despedidos y arrojados por los lacayos y cómo si alguna vez se mostraba á ellos vestido de púrpura ó con bordados de oro ó de varios colores, pensaba que hacia dichosos y felices á los que le hablaban si se dignaba darles á besar el pecho ó la mano. Al oirme hablar asi se afectaban dolorosamente.

Sólo una causa fué sentenciada favorablemente por Mínos. Acusado Dionisio de Sicilia de muchos y grandes crímenes por Dion y confirmados todos ellos por el testimonio de su sombra, estaba ya á punto de ser entregado á la Quimera, (1) cuando se presentó Aristipo de Cirene, que goza de gran prestigio y poder entre los de abajo, y le libró de la condenacion diciendo que habia sido digno en cuextion de dinero con muchos maestros.

Habiéndonos separado del tribunal, llegamos al lugar de los tormentos. Allí, querido amigo, habia muchas cosas y muy dignas de compasion que ver y oir. El ruido de los azotes confundiéndose con el llanto de los que eran tostados al fuego, los instrumentos de tortura, los cepos y las ruedas; la Quimera que desgarraba y el Cerbero que despedazaba y devoraba. Todos eran castigados á la vez: reyes, esclavos, sátropas, pobres, ricos, mendigos; y todos se arrepentian de sus culpas. Fijándonos reconocimos á algunos de los que habian muerto hacia poco; pero ellos

(1) Monstruo infernal que tenia la cabeza de leon, el cuerpo de cabra y la cola de dragon y que arrojaba llamas de su boca.

se tapaban la cara y se volvian; y si acaso nos miraban, era de un modo muy servil y adulador. ¿Cómo imaginarías esto, habiendo sido altaneros y soberbios mientras vivieron? En cuanto á los pobres se les perdonaba la mitad de sus maldades: se les concedia un descanso, y de nuevo eran atormentados. Y vi tambien á aquellos condenados de que nos habla la fábula: á Ixion, á Sísifo, á Tántalo el frigio, que lo pasaba muy mal, y al gigante Tition; ¡por vida mia! ¡qué grande era! Estaba tendido y ocupaba todo el campo. (1)

Dejando á éstos, pasamos al campo de Aquerusio, y allí encontramos los semidioses, las heroinas y gran número de muertos distribuidos por naciones y por tribus; los unos viejos, carcomidos y, como dice Homero (2), desvanecidos; los otros más jovenes y consistentes, principalmente los egipcios por la fortaleza de sus embalsama-

---

(1) Virgilio,-*Eneida*,-VI-595 y siguientes. Homero, *Od.* XI-576 y siguientes.

Ixion en castigo de haber atentado contra el pudor de Juno fué atado en el Tártaro á una rueda que estaba continuamente en movimiento.

Sisifo estaba condenado á subir eternamente á la cima de un monte un enorme peñasco, que siempre caia al llegar á la cumbre.

Tántalo tenia junto á los labios agua y comida que no lograba alcanzar.

Tition ó *Ticio* fue arrojado al Tártaro por haber intentado seducir á Latona, y allí un buitre le devora las entrañas que, renaciendo sin cesar, prolongan indefiniblemente su tormento.

(2) *Od.*—x—521, 536.

mientos. Pero no era facil ciertamente conocer á cada uno de ellos, pues todos se habian hecho enteramente semejantes entre sí, una vez desnudos y descarnados los huesos; sin embargo, aunque con dificultad, examinandoles por largo tiempo, llegábamos á conocerles. Yacian los unos sobre los otros confundidos, sin diferencia ninguna entre si y perdida la belleza que tuvieran cuando vivos. Ciertamente que ante aquel monton de esqueletos, todos semejantes, todos mirando con ojos vacios que infundian terror y mostrando los dientes descarnados, dudaba yo en qué podria distinguir á Tersites del bello Nireo, al mendigo Iro del rey de los Feacios ó al cocinero Pirria de Agamenon. Ninguno de los antiguos caracteres permanecia ya en ellos sino que eran sólo huesos en un todo parecidos, sin rasgo ni señal alguna que pudiera diferenciarlos y distinguirlos.

Contemplando todo esto, se me representaba la vida de los hombres como una larga procesíon en que la Fortuna ordena y arregla cada cosa, asignando á los que en ella van trages diferentes y variados: á uno, tomado al acaso, le viste de rey, le pone la tiara, le da guardias de honor y ciñe su cabeza con una diadema; á otro le viste un trage de esclavo; á uno lo dispone para ser hermoso, á otro para ser deforme y rídiculo: que es preciso sin duda que el espectáculo sea vistoso y multiforme. Y muchas veces la Fortuna en medio de la procesion cambia tambien las vestiduras de algunos, no permitiéndoles prose-

guir hasta el fin en el órden en que habian sido colocados; sino que, variando la decoracion, obliga á Creso á tomar la túnica del esclavo y del prisionero de guerra, mientras que á Meandro, poco antes confundido entre los esclavos, le inviste con la tirania de Polícrates y le permite por algun tiempo desempeñar este papel. Despues que la procesion ha pasado, cada uno, dejando sus atavios y despojándose de sus vestiduras, se queda sólo con su cuerpo, como era antes, sin diferenciarse en nada del que está á su lado. Algunos por ignorancia y con ingratitud, cuando la Fortuna les exige los ornamentos, que graciosamente les concedió, se afligen y hasta se indignan como si fuesen privados de bienes propios ó como si no devolviesen los que estuvieron disfrutando como prestados para poco tiempo. Supongo que habrás visto muchas veces en el teatro á los actores trágicos haciendo, segun las necesidades del drama, unas veces de Creon y otras de Priamo ó de Agamenon; y el mismo, si á mano viene, que poco antes representaba con toda gravedad el papel de Cécrope ó de Erecteo aparece poco despues, por convenir así al poeta, haciendo de esclavo; mas el drama concluye, y entonces cada actor desnudándose el trage bordado en oro, quitándose la máscara y apeándose del coturno vuelve á ser el hombre pobre y humilde que se llama nó Agamenon el hijo de Atreo ni Creon el hijo de Meneceo sino Polo, hijo de Caricles natural de Sunio ó Sátiro, hijo de Teogiton de Maratonia. Tales me pare-

cian á mi las cosas de este mundo, bajo la impresion de lo que estaba presenciando.

Filónides—Dí, Menipo; ¿y los que tienen aqui sepulcros magníficos y elevados, con columnas, estàtuas é inscripcciones, no son allí mas considerados que los otros muertos?

Menipo. Tú deliras, Filónides; pues si vieras al mismo Mausoleo, el de Cares, el que se ha hecho célebre por su sepulcro, estoy seguro que no te cansarías de reir: humillado hasta el extremo, yacia en un rincon, perdido entre la restante multitud de muertos, sin disfrutar, á mi entender, otra ventaja de su monumento, que el estar oprimido bajo el peso de tan grande mole. Amigo mio, cuando Eaco mide á cada uno el espacio que le corresponde, y no dá á lo sumo más que un pié, es preciso recogerse y sujetarse de buen grado á la medida. Y de seguro que te reirias mucho más si hubieras visto á los que fueron reyes y sátrapas entre nosotros mendigando en el infierno ú obligados por la necesidad á vender pescado salado, ó á enseñar las primeras letras, insultados por el primero que llega ó dados de pescozones como los más despreciables esclavos. Yo no podia contenerme al ver á Filipo de Macedonia que en un rinconcillo estaba cosiendo á jornal zapatos viejos. Y era de ver á otros muchos pidiendo limosna en las encrucijadas; me refiero á los Jerjes, los Darios y los Policrates.

Filónides. Cosas extraordinarias y casi increíbles me

cuentas de los reyes. ¿Y qué hacian Sócrates y Diógenes y los otros sábios, si alguno viste?

Menipo. Sócrates se pasea por allí refutando á todos, y con él están Palamedes, Ulises, Nestor y alguno que otro muerto hablador: tenia aun las piernas hinchadas por efecto del veneno que bebió (1). El bueno de Diógenes tiene su morada cerca de Sardanápalo el asirio, de Midas el frigio, y de algunos otros personajes opulentos; cuando les oye lamentarse ó echar cuentas sobre su antigua fortuna, se rie y se deleita, y echado ordinariamente boca arriba canta con voz muy áspera y desentonada sofocando sus lamentos, hasta el punto de que aburridos los hombres han resuelto cambiar de domicilio por no poderle sufrir (2).

Filónides. Basta ya de esto. ¿Qué decreto es ese que me digiste al principio se habia dado contra los ricos?

Menipo. Haces bien en recordármelo, pues no sé cómo habiéndome propuesto hablarte de él me he desviado

---

(1) Sócrates, primer maestro de la Filosofía moral, que floreció en el siglo V. antes de Cristo y cuya conducta fué constantemente un testimonio vivo de la rectitud de su conciencia y de la pureza de sus doctrinas, fué condenado injustamente á beber la cicuta. V. la *Apologia de Sócrates por Jenofonte*, traducida y publicada en 1871 por D. Antonio Gonzalez Garbin.

(2) Diógenes, filósofo de la escuela cínica, hacía consistir la virtud en el desprendimiento de las riquezas, honores y placeres y hasta en el desprecio de las consideraciones de buena crianza; su estravagancia llegó hasta el extremo de tener por única habitacion un tonel que arrastraba consigo por las calles de Atenas.

tanto del asunto. Estaba yo entre los muertos, cuando los magistrados llamaron á asamblea para negocios concernientes á la comunidad; y viendo á muchos que acudian, me mezclé con ellos y fuí uno de tantos congregados. Despacháronse varios asuntos, y quedó para lo último el de los ricos á quienes se acusaba de muchas y grandes infamias, de violencia, de jactancia, de soberbia y de injusticia. Levantóse al fin uno de los demagogos y leyó el decreto siguiente:

DECRETO.

Por cuanto los ricos durante su vida cometen muchas acciones ilícitas, robando, violentando y abusando en todos conceptos de los pobres, se ha decretado por el Consejo y por el pueblo que despues que mueran sean atormentados sus cuerpos como los de los criminales comunes, y que sus almas, enviadas de nuevo al mundo, sean encerradas en asnos por espacio de 25 miriadas de años (1), naciendo asnos de asnos, llevando carga y siendo arreados por los pobres; despues de lo cual les será permitido morir. Da la sentencia Cranion, hijo de Esqueletion Necusio de la tribu Alibántida (2).

(1) 250,000 años.

(2) Todos estos nombres son expresivos de ideas fúnebres: Cranion, κρανίον—cráneo; Esquiletion, σκελετόν—esqueleto; Necusio, νέκυς—muerto, difunto; Alibántida, ἀλίβας αντος—árido, seco, sin jugo.

Leido este decreto, los magistrados lo votaron, el pueblo lo aprobó, Brimo (1) bramó y Cervero ladró; que asi se concluyen y sancionan las leyes en el infierno.

Ahi tienes lo que sucedió en la asamblea. En cuanto á mí, cumpliendo el objeto de mi viaje me acerqué á Tiresias, le referí cuanto me pasaba y le rogué que me digese cuál era el género de vida que juzgaba mejor. El, que es un viejecito ciego, pálido y de voz atiplada, (2) se echó á reir y me dijo: conozco, hijo mio, la causa de tus dudas, que provienen de la diferencia de opiniones que divide á los sábios; pero no me es lícito decirte más, porque me está prohibido por Radamanto. De ningun modo desatiendas mis ruegos, padrecito mio, le dige yo; háblame y no me desprecies cuando camino por la vida más ciego que tú. Entonces separándome de alli y llevándome muy lejos de los demas se inclinó á mi oido y me dijo callandito: «la vida de los ignorantes es la mejor y la más prudente; deja la mania de hablar de cosas sublimes y de buscar los principios y los fines de las cosas; y despreciando los silogismos de esos sábios y mirando todas esas cosas como delirios, piensa sólo en lo presente y ríete de todo lo demás, sin mostrarte solícito por nada.» Asi dijo, y se volvió por el prado de los gamones (3).

---

(1) Hécate, diosa del Erebo.
(2) Segun la leyenda Tiresias reunia los dos sexos, masculino y femenino. Diálogos sobre «Astrología» y «Menipo y Tiresias» del mismo autor.
(3) Parodia de Homero, Od. XI, 539, 573.

Y yo, pues era ya tarde, dige á Mitrobarzanes: vámonos; ¿á qué nos detenemos? Volvamos de nuevo al mundo ten ánimo, Menipo, me contestó; voy á enseñarte una senda breve y fácil. Y dirigiéndome á un sitio mas tenebroso que los demás y señalando con la mano á lo lejos una luz débil y amortiguada como si penetrase á través de una rendija, dijo: aquel es el templo de Trofonio (1), por allí bajan los de Beocia; sube por ese lado y al momento estarás en Grecia. Satisfecho con lo que me habia dicho, abracé al mago; y arrastándome penosamenpor la abertura me encuentro, no se cómo, en Lebadia.

(1) Arquitecto antiguo, que construyó un puente en Beocia, y murió de hambre en él tenido por loco: despues se hizo adivino y se le consagró el puente como templo. Se creia que el que bajaba por él no volvia á la vida.«Menipo, Anfiloco y Trofonio,» diálogo del mismo autor.